RELATO

«Viaje a una vida»

Javier Úbeda Ibáñez

Me acaban de llamar por teléfono para decirme que mi padre ha sufrido un infarto y lo han tenido que ingresar de urgencias en el hospital.

Voy en un taxi que me lleva al aeropuerto. Mi padre vive en Vigo, y yo, en Suecia. La última vez que lo vi, en Navidades, estaba estupendo y rebosante de vida. Como siempre, estuvo bromeando con todos. Nada hacía presagiar que dos meses después iba a estar postrado en la cama de un hospital.

Cierro los ojos y lo intuyo con su eterna sonrisa. Sé que me va a costar verlo sin ella. Me preparo mentalmente para lo que me pueda encontrar. Solo tengo ganas de llegar a Vigo y abrazar a mi padre. Los segundos son eternos; los minutos, inalcanzables; y las horas, lejanas. Mi tiempo se ha detenido con la noticia que me han dado hace unas horas, y mi vida funciona ahora a cámara lenta.

A pesar del tráfico, he llegado a tiempo de coger el avión; por un momento pensé que lo iba a perder y me parecía imposible quedarme quieta esperando el próximo vuelo mientras la vida de mi padre pende de un hilo.

El aeropuerto está, afortunadamente, medio vacío, y me puedo mover a mis anchas.

Miro la pantalla que anuncia la salida y la llegada de los vuelos. Busco el mío. «Que aparezca ya, que me quiero marchar». Me dan ganas de ponerme en medio de la pista y gritar muy alto: "¿Qué hacéis, por qué no funcionáis más rápido, que mi padre se está muriendo?"». Me contengo, no vaya a ser que me detengan por escándalo público y no me vayan a dejar subir al avión.

El panel me avisa de que falta media hora para embarcar. «No sé qué hacer, hacia dónde mirar. No tengo ganas de hablar con nadie». Desconecto el móvil antes de que me lo pidan en el avión. «Pero… ¿qué hago? Y si mi padre empeora, ¿cómo me voy a enterar…? Pero si empeora y me llaman y aún estoy aquí en el aeropuerto esperando, me puedo volver loca de la impotencia. Mejor lo dejo encendido».

Acribillo el panel con mi mirada. Aún faltan por pasar veinte minutos. Me levanto, voy al baño. «¿Me da tiempo de ir al bar a tomarme un café? Sí, lo necesito». Me siento en una mesa que está bastante alejada de cualquier otra que esté ocupada. Busco la soledad y le pido al sagrado silencio que me proteja del ruido de las palabras. Miro mi reloj constantemente. «Ya queda menos», me digo, tratando de tranquilizarme.

Me levanto y me pongo en jarras delante del panel, como pidiéndole explicaciones. «¿Por qué no nos avisan ya para ir a embarcar?». No me muevo de delante del panel. La gente me observa; mi postura me delata. Estoy demasiado impaciente y no tengo ánimos para disimularlo. «No le estoy haciendo daño a nadie, que me observen si quieren, pero no pienso moverme de aquí ni relajar mis brazos hasta que ese maldito panel dé el aviso».

Faltan segundos. ¡Por fin! Una voz por megafonía nos anuncia el embarque, a la par que en el cartel.

No me doy cuenta, pero, al girarme bruscamente para ir hasta allí, tropiezo con una señora mayor. Le pido disculpas. Ella refunfuña, pero agradece mis disculpas. «¡Estas jóvenes de hoy en día no saben por dónde van!», se queja mientras se va alejando. Yo salgo corriendo, y llego, acalorada, hasta la puerta. Respiro. «¡Qué calor!». Enseño la documentación y el pasaje. Atravieso el túnel que me conduce hasta el avión en un tiempo récord. «Por favor, que no me toque al lado de nadie», musito por el camino. Entro la primera. Me acomodo. «¡Que no me toque nadie al lado, por favor!», me repito de nuevo. Levanto la cabeza y observo a todas las personas que van entrando. Aprieto la mano en señal de victoria cada vez que pasan de largo. Atisbo a la señora con la que hace un rato me he tropezado. Mis ojos se encuentran con los suyos y nos retamos con la mirada. «¡Que no venga a sentarse aquí!». Pero nadie escucha mis súplicas, y la señora toma asiento a mi lado. La saludo con indiferencia. Me mira de soslayo, y me dice:

—¡Ah, si eres tú! ¿Ves cómo tanta prisa no te ha servido de nada? ¡Antes casi me tiras al suelo!

—Lo siento —me vuelvo a disculpar, aunque lo hago un poco malhumorada.

«No tengo ganas de hablar». La señora continúa hablando, pero no la escucho. Una vez más, me entran ganas de gritar, de ponerme de pie en medio del avión y decirles que me dejen en paz, que no me hablen, que estoy muy triste… que solo quiero llegar a Vigo y ver a mi padre. «¡Que me dejen en paz!».

Cuando regreso a mí, después de haberme visualizado histérica en medio del avión, mi acompañante continúa hablando.

—¡No me dirás que no tengo razón…!

No sé qué contestarle, tampoco me siento en la obligación de hacerlo, pero, a pesar de las escasas ganas de hablar, asiento con un parco «sí, tiene razón».

—¿Y qué opinas tú?

Me la quedo mirando, atónita. «¿Será posible que no se haya dado cuenta de que no le estoy prestando atención?». Pero… ella solo tiene ganas de hablar con alguien y no le importa que yo no. Insiste de nuevo, erre que erre.

—¿Y qué opinas tú?

—Perdone, es que no sé a qué se refiere.

—Pero si me acabas de contestar que sí.

—¿Que sí a qué?

—A lo que te he preguntado, ¿a qué va a ser?

Mi paciencia se sujeta a los barrotes de la cordura. «Mantén la calma», me digo. «Esto no tiene importancia. Pídele disculpas a la señora y dile que te has despistado, que no la has entendido bien y que has contestado sí sin saber a qué contestabas exactamente. Hazlo ya». Mis pensamientos disparados me acercan al abismo, y cuando veo de cerca el abismo, me calmo, me tranquilizo y le pido disculpas a la señora. Ella me mira de una manera pausada, lo que me pone aún más nerviosa, pues me mantiene en un vilo casi neurótico, y me sonríe.

—No te preocupes, joven, si ya no me acuerdo de lo que te había preguntado.

—No pasa nada. Voy un momento al lavabo.

Me levanto y, ya en el lavabo, saco de mi bolso un pañuelo, me lo meto en la boca y me pongo a gritar en versión silencio. Grito y grito. Me saco el pañuelo de la boca. Me lavo la cara. Me observo detenidamente en el espejo: estoy horrible. Las ojeras me alcanzan hasta los pies y mis ojos están cansados de aguantar toneladas de lágrimas que necesitan salir. Lloro, desconsoladamente. Alguien golpea con insistencia la puerta.

—¿Le queda mucho? —me pregunta una voz.

«Y… ¿qué hago ahora con todas las lágrimas que todavía me faltan por llorar? ¿Y con mi cara desencajada?».

—Tenga paciencia —respondo. Pero no puedo salir, me siento inundada por un torrente de agua que desciende por mi cara hasta llegar al suelo. No puedo parar de llorar. Los golpecitos en la puerta se vuelven a repetir, pero con más furia.

—¿Le queda mucho? Es que mi hijo se está haciendo pis y ya no se puede aguantar más —me explica medio gritando.

—Lo siento por su hijo, pero no puedo salir ahora —le contesto. Y sigo llorando; salen ríos y hasta mares enteros de mis ojos. Me salen hasta las penas de mi infancia, de mi adolescencia y de mi juventud; y entre tanta lágrima intuyo a mi padre. Su figura ha estado presente en los momentos más importantes de mi vida. Mi mente repasa esos instantes y se recrea en ellos. «No me dejes, papá. Qué sentido tendría nuestra vida si ahora te vas para siempre sin despedirte de mí. Papá, aguanta, piensa en mí». Lloro como si no hubiera llorado nunca.

—Señora, soy el sobrecargo, abra la puerta. Tiene que salir ya.

—No puedo salir.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo?

—No.

—Salga, por favor.

Y los golpes en la puerta aumentan de intensidad y de ritmo.

—Si no abre, nos veremos obligados a forzar la puerta.

Tengo que parar de llorar, pero, en vez de eso, de mis ojos salen lágrimas a borbotones. Y, de repente, mis ojos se quedan secos. Secos al fin.

Abro la puerta tímidamente. La tripulación casi al completo está esperándome. La señora con el hijo que se hacía pis entra como un suspiro en el lavabo y cierra la puerta de un portazo, sin más explicaciones.

—¿Se encuentra bien? —me insiste una amable azafata.

—Que sepa que nos tenía preocupados —me recrimina el sobrecargo.

Mientras atravieso arrastrando los pies el pasillo que me va a llevar hasta mi asiento, las miradas de todos los pasajeros me acompañan en mi corto trayecto. Mi anciana compañera de viaje me saluda con un leve movimiento de cabeza y me lanza sus manos en señal de solidaridad.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasaba? Por aquí estábamos asustados.

Las lágrimas me habían limpiado, me habían vaciado y ya tenía ganas de hablar. Ya no estaba tan enfadada con el mundo.

—No podía parar de llorar.

—¿Una hora entera llorando?

—Sí, y si no me hubieran metido prisa, aún seguiría llorando. Ahora estoy más tranquila, pero tengo pena.

—¿Qué te pasa? ¿Te puedo ayudar?

—Mi padre está muy enfermo, le ha dado un infarto.

—Lo siento. A un amigo mío, de mi juventud, también lo acaban de ingresar; voy a verlo. Fue mi primer amor. Estuve diez años con él y siempre hemos sido muy buenos amigos.

—¿Su amigo también vive en Vigo?

—Sí. Por favor, háblame de tú, deja el usted.

Tengo ganas de hablar. Las palabras se atropellan unas a otras, tienen ansias de salir. Ya no me apetece gritar, solo quiero hablar y escuchar.

Mientras la anciana, que se llama Laura —nos acabamos de presentar— me habla con calma, la observo con atención. Me fijo en sus inmensas pestañas, que parecen patas de araña moviéndose al compás de un vals vienés. Sus ojos verde oliva y medio achinados se contonean al compás de estas. Me detengo en su nariz, respingona y elegante, y me toco la mía, instintivamente. Observo su boca y repito el mismo ejercicio. Mi boca y la suya son idénticas. Yo diría que me parezco a ella. Su rostro apenas tiene arrugas. A pesar de sus casi setenta años, continúa conservando una belleza salvaje.

—Laura, ahora que te observo, yo diría que nos parecemos.

—Puede ser. ¿Por qué no? —contesta melancólica.

—Te has puesto triste, ¿qué sucede? ¿He dicho algo que te haya importunado?

—No, no te preocupes. Los recuerdos me han asaltado. Yo tendría ahora una hija de más o menos tu edad. Me quedé embarazada muy joven de un hombre maravilloso, pero no me sentí capaz de ejercer de madre. Dejé a mi hija con su padre, que es a quien voy a ver hoy.

—¿Y no has visto nunca una foto de tu hija?

—Sí, de cuando era pequeña, pero me dolía verla y no poder estar con ella. Sabía que estaba bien y feliz, y era más que suficiente, más de lo que me merecía. La he querido siempre, aunque nunca haya tenido la oportunidad de decírselo. Mi exnovio se casó con una gran mujer y ella crio a mi hija como a la suya propia; tengo mucho que agradecerle. Qué casualidad, mi hija se llama Ana, como tú, y vive también en Suecia. Lo último que sé de ella por su padre es que hace tres años, por motivos laborales, se tuvo que trasladar a Suecia. Es periodista, y de las buenas.

«¿Casualidad, casualidad?» me repito. «Pero…, ¿es posible que se den tantas coincidencias a la vez? Yo me llamo Ana, soy periodista y hace tres años me tuve que trasladar a Suecia por motivos profesionales. Pero no, no puede ser, mis padres me lo habrían dicho. Y mi querida madre me lo habría contado antes de morir. No puede ser. No me atrevo a preguntarle cómo se llama el amigo al que va a visitar al hospital. Tengo que cambiar de tema. Ahora es ella la que me está observando. Si parece que está esforzándose por escuchar mis pensamientos… Me va a preguntar algo, lo noto en su manera de escudriñarme. Que no me pregunte cómo se llama mi padre o a qué hospital voy. No, no estoy preparada».

—Ana, ¿a qué te dedicas? ¿Llevas mucho tiempo viviendo en Suecia?

«¿Por qué me mira de esa manera?». Ha dejado de hablar. Parece que está atando cabos. Silencio. Qué duro es el silencio cuando una necesita hablar. Se ha puesto a buscar algo en su bolso. La noto nerviosa. Ha abierto una cartera y saca una foto. Me la enseña.

—Es mi hija con dos años —me dice, y me tumba.

—Soy yo con dos años —le contesto.

«¿Qué más se puede decir en semejante momento?». Nos miramos. Ella llora, a mí ya no me quedan lágrimas. No sabemos qué hacer. ¿Nos abrazamos? Sí, nos abrazamos. Laura, mi madre, me pide perdón. Comienza a hablar, apesadumbrada, pero con chispas en los ojos.

Ya hemos llegado a Vigo. Laura continúa contándome la historia de su vida. Lo primero que hago es encender mi móvil. No hay ninguna novedad. Cogemos un taxi. Laura no ha parado de hablar. En el hospital nos anuncian que mi padre está estable y que podemos pasar a verlo. Entro yo primero. Nos fundimos en un abrazo. Me acurruco a su lado, mientras él acaricia mi pelo y mi espalda. No quiero hablar. Pasa una hora, pasan dos… Alguien llama a la puerta. Es Laura. Levanto la mirada, y mis lágrimas se juntan con las de mi padre. Él intuye que ya nos conocemos. No hay nada más que decir.